

¿Quién recoge los cuerpos después de una batalla?

¿Quién recoge los cuerpos después de una batalla? Esa interrogante me asalto alguna vez cuando joven y se me contestó cuando entre al ejército y participe en mis primeras escaramuzas. Generalmente lo hacíamos nosotros, el bando ganador, yo mismo cargue muchos cadáveres, algunos de los cuales habían sido mis amigos, los apilábamos para encenderles fuego o enterrarlos en una fosa común. Con los enemigos caídos era el mismo asunto pero el acto carecía totalmente de carácter solemne, era más correcto decir que se recogía la basura. Hubo ocasiones en que por las circunstancias no podíamos limpiar el campo de batalla y la vez que caí herido fue una de esas ocasiones. Siempre supuse que la naturaleza se encargaba entonces del trabajo cuando nosotros no lo hacíamos.

Habíamos ganado la batalla, eso lo sabía pues en mi letargo y somnolencia alcanzaba a escuchar todo lo que ocurría a mi derredor, los gritos de júbilo de mis camaradas los escuche en lo profundo de mi inconciencia. No se que me tumbo. Recuerdo que preparaba una nueva carga en mi fusil, estaba en formación y de pronto sentí que algo me golpeo muy fuerte por detrás, hoy pienso que el golpe fue causado por mi compañero en retaguardia, el dolor en mi pierna izquierda fue instantáneo y en la caída termine enterrándome mi propia bayoneta a la altura de mi hombro derecho. El golpe en la cabeza fue un momento después. El suelo estaba fangoso y frío como el viento que corría en la misma dirección del río que había construido el valle rodeado de fastuosas montañas y sobre el que se asentaba ese desafortunado poblado de nombre que ya no recuerdo. El poblado, por azares del destino, estaba enclavado en ese pintoresco lugar hasta donde perseguimos a los que huían de la emboscada, el movimiento militar fue casi tan hermoso como el paisaje que nos rodeaban y fue cerca de la entrada al poblado

que quede tendido. Los pobladores ayudaron a nuestros enemigos a defenderse pero hoy se que poco pudieron hacer. Recuerdo a mis camaradas gritando mientras arremetíamos contra el poblado – ¡Son ricos, los malditos defienden riqueza en sus casas!

Cuando desperté note con horror que nada podía ver. Sentí mis brazos atrapados y cuando intente moverme recordé, dolorosamente, la herida de la bayoneta mía. Todo oscuro, helado, me creí muerto por un segundo y la sangre del golpe en mi cabeza me recordó que todo había sido real. Con esfuerzo trate de incorporarme, Trate de mantener la calma. Respirar me costaba trabajo y solo después de unos minutos tuve conciencia de mi verdadera situación. Estaba yo debajo de dos cadáveres, enemigo o aliado, me era imposible precisarlo en ese momento, pero era seguro que me estaba asfixiando ahí abajo así que intente gritar. Grite mucho, casi hasta desgarrarme la garganta pero nadie me oyó, todos ya habían partido. No quería morir de esa forma, siempre había pensado en mi muerte como un suceso heroico y lleno de valentía, así que con las fuerzas que me quedaban logre librarme un poco de mi prisión de cuerpos humanos y fango. Por fin un halo de luz se dejo ver cuando pude librar la mitad de mi dorso, pero note desalentado que era la luz de la tarde que moría, pronto sería de noche y el trabajo que ya habían iniciado los cuervos lo continuarían las bestias.

Mientras la luz solar se disipaba en el ambiente, en mi mente los recuerdos se desbocaban. Mi vida frívola, sin amor pero también sin grandes decepciones me pasaba delante. Recordé las noches de luna llena cuando en la cabaña de los abuelos se comía buen pan y un delicioso café mientras las historias de aparecidos se contaban en la sobremesa, asustando a los niños. Recuerdo que mi abuela siempre terminaba sus relatos fantasmagóricos con la advertencia de que eran las noches abiertas, aquellas en donde la luz de la luna lo deja ver todo, en las que había que cerrar puertas y ventanas y rezar. No eran, como parecía lógico en la mente de todos, las noches oscuras las mas

peligrosas por que “el que esta afuera queriendo hacer daño necesita verte claro y si bien todo su ser es ya demonio, sus ojos son de hombre y siempre vera como hombre, En las sombras el se esconde y en la luz tu te obsequias”. Ese terrible recuerdo me asalto cuando mire que la noche sería abierta. Habría luna.

No pude librarme de mi prisión, que por un momento interprete como mi tumba, debido a la bayoneta que cercenaba mi clavícula. Juro que escuche gemidos de otros hombres heridos como yo o tal vez eran los lamentos de alguno que se había dado cuenta de que ya no era de este mundo. Pensé que pronto yo cruzaría ese umbral, fue entonces que escuche como algo deambulaba por entre los cuerpos, no era humano. Gruñía. Sus respiración se escuchaban jadeante, corrompida y se mezclaba con el sonido del viento que movía el follaje de los pinos. Supe de inmediato que era una bestia –Un lobo o un coyote tal vez, solo he de quedarme quieto y no moriré esta noche, quizás mañana-pensé, entonces escuche como la bestia aquella encontró a alguno todavía vivo, los gritos de la victima llenaban el valle con su eco mientras era devorado vivo. De alguna manera aquello estaba encontrando la carne fresca. No le interesaba la carroña en el estricto sentido de la palabra pues en aquel momento no podía imaginarme yo como otra cosa. Ya había terminado de matar a dos o tres y se acercaba, así que trate de hacerme rápido de algún arma. La mía la tenia cruzando su hierro mi hombro, con riesgo de dispararme a mi mismo, así que busque la del compañero caído a lado pero me percate que buscaba en el sitio equivocado cuando sentí la sangre fría y espesa ¡Había metido mi mano en sus entrañas!

El dolor, el viento helado y ahora la desesperación de ser devorado vivo por aquella criatura de la noche comenzaron a destrozarme los nervios. Busque en el otro cuerpo apostado cerca de mi, el pobre todavía olía a pólvora, pero no tenia su fusil.

-¡Maldita sea! – Me dije – ¡¿Recogieron las armas y no les dio tiempo de revisar si estábamos algunos vivos?!

Entonces busque entre sus botas una daga. El hombro me dolía, pero la pierna realmente me hacia llorar. Aquello estaba ya muy cerca, sentía su aliento y me sabia descubierto no solo por su olfato sino por su vista. Continuaba yo buscando algo punzo cortante. La criatura rugía y rechinaba sus dientes, a la distancia su hedor de animal salvaje me hizo olvidar el de toda la carne del rededor que comenzaba a pudrirse. Yo seguía buscando y no encontraba nada

-¡Luchare con mis propias manos entonces!- le dije a la bestia y a todo el mundo sobrenatural.

Entonces fue que me atreví a mirarle y mi miedo se hizo real con su pelo sin brillo y gris, sus garras enormes, sus colmillos que destacaban de entre su gran mandíbula de la cual salía su aliento en forma de bao que se disipaba en el aire, con saliva supurando desde su quijada grotesca; pero lo peor de todo eran sus ojos, el detalle de que anduviera en dos patas y no en cuatro era eso, solo un ínfimo detalle comparado con su mirada. ¡Dios! Os juro, un animal no te mira a los ojos, una bestia no te devuelve la mirada, en la profundidad de las pupilas de un lobo no existe nada mas, pues nada puede haber; pero la mirada de aquello fue humana. ¡Sacrilegio! ¡Fue humana!

La bestia se abalanzo sobre mi, y comenzó a buscar mi cuello y en ese instante, cuando una de sus garras me corto el rostro encontré un arma entre el fango que milagrosamente logre disparar en el ultimo momento. El proyectil se incrusto en su vientre. Sentí su sangre caliente empaparme por completo y al poco tiempo la criatura dejo de forcejear y de respirar, pero ahora me ahogaba en su sangre y casi muero por eso. No se exactamente como lo hice, pero logre quitarme de encima el cadáver de

aquello y empecé a gritar como un loco con todas mis fuerzas hasta que quede sin aliento. Unos minutos después volví a escuchar pasos, temí lo peor

-¿¡Son mas de ellos?!- me pregunte, pero para mi fortuna eran algunos soldados que habían vuelto.

Me contaron que el coronel había decidido no avanzar por la noche, aun y cuando sus nuevas ordenes eran reforzar de inmediato a un escuadrón que había sido atacado no muy lejos de ahí, el coronel decía temer por una emboscada como la que el había infringido apenas ayer, pero algunos opinaban que se había dejado influenciar por las historias de licántropos que le habían contado los habitantes del desafortunado poblado que ahora eran llevados prisioneros. El campamento se había instalado río abajo pero esto supuso un serio problema: el agua pululaba sangre y debido a la creciente sed y a que se necesitaba agua limpia para limpiar las heridas de los moribundos, habían enviado a mis salvadores a regresar al pueblo para encontrar barriles, llenarlos con agua de río arriba y volver antes del amanecer. Ellos esperaban encontrar vino además de agua y más plata -¿plata?- en cambio me encontraron a mi y al enorme lobo al que había dado muerte -¡Un lobo decían ellos!- Casi muerto me llevaron al campamento.

Pasaron días y yo no mejoraba, o mejor dicho, mis heridas de batalla habían mostrado una mejoría notable pero no obstante yo seguía en cama, con fiebres terribles y convulsiones de poseído. No me animó la visita del coronel en la que me dio un presente muy especial, era la piel del lobo y el arma que había usado para liquidarlo, el arma toda era un hermoso revolver en acabado cromado, había pertenecido al enemigo, pero no a un soldado.

-De hecho- me dijo el coronel- es extraño, pero todos los hombres del pueblo tenían sus armas cargadas con balas que valen más que la propia pistola. Esa gente vive muriéndose de hambre pero tienen balas de plata en sus armas.

-Es una muy buena piel- dije agradeciendo el regalo -se ha ido el invierno pero las noches seguirán siendo frías- el coronel se retiró mirándome como a un desahuciado.

No use la piel en los siguientes días pues como había dicho al coronel el invierno se había ido. La coloqué en mi bolsa y después de un tiempo cuando los dolores habían empeorado, las fiebres eran cosa de cada noche y los médicos no daban explicación para mis males, decidí sacar la piel, lo malo es que lo hice frente a los doctores que miraron horrorizados como es que saqué de mi bolsa aquella fina textura, arrugada, sin cabellos, translúcida y evidentemente humana. Ellos creyeron que era un trofeo excéntrico. Pero entonces me di cuenta, lo supe y huí del ejército. Sin embargo, nunca me aleje de ellos realmente, pues prefiero la comida fácil. Siempre voy detrás de ellos, en las sombras, oculto. ¿Quién levanta el desorden después de una batalla? ¡Quién más!

Si estas en el ejército, te advierto, asegúrate de estar bien muerto cuando caigas en el campo de batalla. Si solo son civiles, oídme bien, en las noches de luna, esas en las que creen que están más seguros, cierren las puertas y ventanas, carguen sus armas y oren, pues yo soy la bestia, el demonio, te olfateo, te encuentro y te veo con mis ojos de hombre, después, tú gritas.

FINE